

SANTA PERPETUA

para Juanel

PERSONAJES:

PACÍFICO
PLÁCIDO
PERPETUA
ZOILO

Esta obra fue estrenada en el teatro Federico García Lorca de Getafe, dentro del Festival Madrid Sur, el 31 de octubre de 2010 por Producciones Micomicón con el siguiente reparto

PACÍFICO: Juan Ripoll
PLÁCIDO: Manuel Agredano
PERPETUA: Marcos León
ZOILO: Mariano Llorente

DIRECCIÓN: Laila Ripoll
AYTE. DIRECCIÓN: Ana Varela
REGIDURÍA: Antonio Verdú
ESCENOGRAFÍA: Arturo Martín Burgos
VESTUARIO: Almudena Rodríguez Huertas
ILUMINACIÓN: Luis Perdiguero

OSCURO. Truenos delirantes. Los relámpagos que entran por las ventanas iluminan la desvencijada estancia de la casona provinciana. A la derecha una puerta con montante conduce al exterior. Al fondo, una puerta doble, con vidrios de colores, da a una alcoba. Unas cortinas con bolillos amarillentos ocultan el interior. Algún hueco en el emplomado se cubre con cartón, celofán y esparadrapo. Una mesa camilla con hule y tapetito de crochet, la jaula de un loro vacía, sillas desencoladas, una estufa, paisajes de lejanos lugares recortados de revistas en las paredes. Todo tiene un aire descuidado y no muy pulcro, una pátina de añeja y pringosa mugre. Voces en la oscuridad:

Santa Bárbara bendita
que en el cielo estás escrita
con papel y agua bendita...

El resplandor de un relámpago ilumina a PLÁCIDO y a PACÍFICO que vestidos con camisones de mujer corren perseguidos por un demonio invisible.

Santa Bárbara bendita,
que en el cielo estás escrita
con papel y agua bendita.
Santa Bárbara doncella,
líbranos de la centella
y del rayo mal parado.
Jesucristo está enclavado
en el ara de la Cruz.
Paternoste, Amén Jesús.

Trueno enorme. Pacífico se estremece.

PACÍFICO: ¿A que se ha apagado la candela?

PLÁCIDO: ¿Y por qué se va a apagar la mierda de la luminaria?

PACÍFICO: Esa boca, Plácido, por Dios...

Truenos. Plácido se acongoja.

PLÁCIDO: Corre, ve a mirar si se ha extinguido.

PACÍFICO: Ve tú, que me siguen los santos y me dan miedo.

PLÁCIDO: Cagón, recagao, cagón.

PACÍFICO: Qué boca, hijo, pero qué boca...

Rayo terrible. Respingo enorme de los dos hermanos.

Santa Bárbara bendita...

Paternoste, paternoste, Amén, Jesús.

PACÍFICO: Mira que como se haya apagado la candela.

PLÁCIDO: Pero mira que estás latoso con la candela. Si tanto te preocupa baja y atisba...

PACÍFICO: Es que como se haya apagado vamos listos...

PLÁCIDO: ¿Y por qué se va a apagar, vamos a ver?

PACÍFICO: A mí no me hables así y no me mires con esos ojos, que me asustas.

PLÁCIDO: ¿Y por qué se va a apagar, por qué, por qué, por qué, por qué, por qué, por qué, vamos a ver?

PACÍFICO: Los truenos, los relámpagos, los malos espíritus que soplan, los catorce santos auxiliares que pasan como una exhalación para darnos pellizcos y hacen corriente, que sé yo...

PLÁCIDO: Pues si no sabes te callas.

PACÍFICO: Que hace una madrugada muy mala, hijo, pero que muy mala.

PLÁCIDO: Pues yo ya estoy cansado. Cansado y harto de estar todas las semanas con la misma zozobra. Si se extingue que se extinga...

PACÍFICO: ¡Qué dices! ¡Sólo faltaba! Que ya sabes lo mirada que es la Santa para estas cosas...

PLÁCIDO: Cosas que sólo a ella se le alcanzan, porque lo que somos los demás...

PACÍFICO: Cosas que entiende porque vienen de madre, y de la madre de madre, y de la madre de la madre de madre, y de la madre, de la madre, de la madre, de la madre de madre...

PLÁCIDO: Yo no recuerdo a madre encendiendo ninguna candela.

PACÍFICO: Porque la metía dentro de un puchero, para que no la vieran los vecinos, y sólo se lo contó a Perpetua, que para eso es la mayor, es mujer y es santa.

PLÁCIDO: Tantos años y remembrarse de todos esos rezos que hace...

PACÍFICO- Son cosas de la santidad. A Perpetua le alcanza la memoria hasta el Génesis.

PLÁCIDO: Sí.

PACÍFICO: Y, a veces, hasta antes, hasta mucho antes.

PLÁCIDO: Sí, si quiere, la Santa se acuerda hasta de la Nada.

TRUENO, se ilumina la escena. Los hermanos corren otra vez, perseguidos sabe Dios por qué...

Santa Bárbara bendita

Que en el Cielo estás escrita

Con papel y agua bendita...

PERPETUA (*fuera*).- ¡La candela! ¡La candela! ¡¡LA CANDELA!!!! ¡Se ha apagado la candela!

PLÁCIDO: ¡Corre, corre, baja y la vuelves prender!

PACÍFICO: No, que me siguen los santos y me dan miedo.

PERPETUA: (*Fuera y como las locas*).- ¡La candela! ¡Que se ha apagado la candela y viene la desgracia! ¡Que se ha apagado la candela y nos vamos a caer con todo el equipo!

PLÁCIDO: ¡Que bajas!

PACÍFICO: ¡Que no!

PERPETUA: ¡La candela!

PLÁCIDO: ¡Baja!

PACÍFICO: ¡No me da la gana!

PLÁCIDO: ¡Baja, me cago en tu estampa!

PACÍFICO: ¡Ni a rastras, ni muerto!

PLÁCIDO: ¡La madre que te parió! (*Sale*)

PERPETUA: ¡La candela! ¡Encender la candela! ¡Que no se entere la desgracia que se ha apagado la candela! ¡Que lo presiento! ¡Que lo estoy sintiendo, que ya nada va a volver a ser lo mismo! (*canta con voz de ultratumba, terrible entre los rayos y los truenos*)

La desgracia es ambulante,
con la luz se atemoriza,
con ella lo malo huye
y lo bueno garantiza...

El mundo se está acabando
ya no es Dios el que gobierna,
el demonio es el que reina
por lo que estamos mirando...

¡Encender esa candela!!! ¡Que la desgracia está a la puerta y araña con la garra descarnada! ¡Que la veo, que la estoy viendo, que asoma la patita por debajo de la puerta y enseña las uñas negras como el carbón!

PACÍFICO: Santa Bárbara bendita
que en el Cielo estás escrita
con papel y agua bendita...

PERPETUA: ¡La candela! *(Bruscamente se hace el silencio. Perpetua se calla de sopetón. Pacífico, extrañado, asoma la cabeza por entre las cortinas del fondo. Nada. Trueno que hace que Pacífico de un respingo. Entra Plácido)*

PLÁCIDO: ¿Ya se ha callado?

PACÍFICO: No hace ni un segundo.

PLÁCIDO: En cuanto que he vuelto a encender la luminaria.

PACÍFICO: ¿Y cómo lo sabrá?

PLÁCIDO: ¿El qué?

PACÍFICO: Todo. Cómo lo sabrá todo: el que se ha apagado la candela y el que tú la has encendido, y quién está en la puerta, y quién se ha muerto y cuándo, y dónde están las calles, y las llaves, y quien vive dónde, y lo que hay, que no quiere que sepamos, en la dehesa.

PLÁCIDO: Es la santidad, que otorga un sexto sentido.

PACÍFICO: Los ojos que no tiene en la cara, los tiene en todas partes y en todos los tiempos.

Pausa tensa, expectante. En el silencio Pacífico se tira un pedo de los que hacen época. Plácido lo fulmina con la mirada.

PACÍFICO: Es que va a cambiar el tiempo.

Pausa larga. Se escucha un hondo suspiro, casi un estertor, tras la cortina del fondo. Los dos hermanos se acercan con mucho respeto. Escuchan, se miran, escuchan.

PLÁCIDO: ¿Qué hace ahora?

PACÍFICO: Respira fuerte.

PLÁCIDO: Eso es que duerme.

PACÍFICO: Eso parece.

PERPETUA *(Fuera)*: Error. Yo no duermo nunca. Y como se os vuelva a apagar la candela ya podéis escarbar un hoyo bien profundo para esconderos.

PACÍFICO: Son los santos, los santos auxiliares, que pasan corriendo, y nos dan pellizcos y hacen corriente.

PLÁCIDO: ¿Quieres una tisana?

PERPETUA: ¿Qué hacéis que no estáis durmiendo?

PLÁCIDO: Que hace una madrugada muy perversa, hija, pero que muy perversa. ¿No se te antoja una tisana?

PACÍFICO: A mí me han despertado los santos, y me han perseguido por toda la casa.

PLÁCIDO: Hoy están alborotados, los santos, más que de ordinario.

PACÍFICO: Es la electricidad, que los alborota.

PERPETUA: Falta muy poco para que amanezca.

PLÁCIDO: Sí.

PERPETUA: Sacadme, hijos, que me aburro.

De detrás de las cortinas Plácido y Pacífico sacan a Perpetua en una cama decorada hasta el delirio con santos, lazos, banderas, vírgenes y exvotos. Perpetua es vieja, tan vieja como la injusticia. Tiene los ojos apagados y las manos y la cara transparentes. Va vestida con un hábito pardo, del Carmen. Colocan la cama cerca de una ventana y descorren los visillos para que las primeras luces de la mañana calienten al carcamal. Los dos hermanos recolocan las almohadas y la colcha bordada y ayudan a Perpetua a incorporarse.

PLÁCIDO: ¿No quieres una tisana?

PERPETUA: Prefiero un café con leche.

PLÁCIDO: Mejor una tisana, que ya sabes que el café es perjudicial para tu tensión.

PACÍFICO: Yo no sé para qué te vale ser santa si no te puedes tomar ni un mal café con leche.

PERPETUA: Pues eso digo yo.

PLÁCIDO: Tú no le calientes los cascotes, que todavía nos tiene que durar muchos años.
(Plácido sale a preparar la tisana. Pacífico, aún asustado, rebusca por los rincones)

PERPETUA: ¿Qué buscas, nene?

PACÍFICO: A los Santos auxiliares, a ver dónde se han metido.

PERPETUA: Deja a los santos y ven, hijo. Mira, mira tú que puedes, qué hermosura de amanecer, cómo se adivina el sol entre las nubes de tormenta, cómo se recorta la torre de la Asunción entre tanta claridad difuminada...

(Pacífico, sin entender cómo los ojos sin luz de Perpetua aciertan a ver el amanecer, se santigua)

PACÍFICO: ¿Quieres que te lea las visitas del día?

PERPETUA: Mil visitas que tengas,
alcorza comas,
tres días de grande fiesta
y alegrías todas.

Lee, hijo, lee.

Pacífico coge una libreta de tapas duras de encima de la mesa camilla y lee.

PACÍFICO: A primera hora viene una de Espeja, para que le palpes el vientre, que parece que la cuitada no se empreña y tiene miedo de estar mañera.

PERPETUA: Mujer sin criaturas es un árbol sin fruta.

PACÍFICO: Luego viene una pareja de novios del otro lado de la raya para hacerse la fotografía contigo.

PERPETUA: ¿Han dicho qué fondo quieren?

PACÍFICO: El de la Alhambra de Granada.

PERPETUA: ¿Para un matrimonio?

PACÍFICO: Eso viene aquí apuntado.

PERPETUA: ¿Para un Santo Sacramento un sitio de moros?

PACÍFICO: Hija, es que es muy lucido.

PERPETUA: También es lucido San Pedro de Roma o la basílica del Pilar y mucho más propio.

PACÍFICO: Yo no te sé qué decir, que ya sabes que mucho mundo no tengo.

PERPETUA: Endiluego... un sitio de moros para un Santo Sacramento, lo que tiene una que vivir...

PACÍFICO: Como son del otro lado de la raya les gustará lo exótico, qué sé yo...

PERPETUA: Si es que estamos perdidos... pero en fin... ¿Más visitas?

PACÍFICO: Una fotografía con una niña que toma su Primera Comuni3n con fondo de campos de Castilla, una de Villar a ver si le encuentras novio, un

grupo de señoras de la capital para besarte el hábito y que les bendigas unas peladillas y creo que nada más.

PERPETUA: Poca cosa para un sábado.

Pacífico se tira un pedo.

PACÍFICO: Es que hace muy mal tiempo.

Entra Plácido, que se ha puesto una bata de mujer, con una taza humeante.

PLÁCIDO: La tisana.

PERPETUA: Gracias, hijo. ¿Y no habrá una galletita María para mojar?

PLÁCIDO: Nada, que engordas y con el lustre pierdes empaque.

PACÍFICO: Endiluego, es que eres peor que una madrastrona.

PLÁCIDO: Lo hago por su bien.

PERPETUA: Bueno, lo tomaré como una prueba más que me manda el Altísimo.

PLÁCIDO: Eso, y bébela deprisa que fría no aprovecha.

PERPETUA *Bendiciendo la tisana:*

Tisana, tisanita
que todo lo quitas:
desde el mal de ijada
hasta las tercianas;
desde los dolores
a los sofocones...
Si el Creador lo manda
buen provecho me hagas,
si lo manda el diablo,
que te den cagarro...
Amén.

Perpetuada unos sorbitos a la tisana, mientras Pacífico repasa la libreta y Plácido termina de aviar sábanas, colchas y almohadas de la cama de la Santa. Mientras repasa la libreta, Pacífico se mordisquea las uñas.

PLÁCIDO: ¿Qué es eso que suena?

PACÍFICO: ...

PLÁCIDO: ¿Qué estás perpetrando?

PACÍFICO: ¿Yo? Nada

PLÁCIDO: ¿Cómo que nada?

PACÍFICO: Nada

PLÁCIDO: Suena a uña

PACÍFICO: Será en la calle

PLÁCIDO: Te estás cortando las uñas, Pacífico. ¡Pacífico se está cortando las uñas, Perpetua!

PACÍFICO: No es verdad.

PLÁCIDO: Te estás cortando las uñas en sábado, con el infortunio que eso trae.

PACÍFICO: Me he mordido un padrastro, nada más

PLÁCIDO: ¿Tú qué quieres? ¿Que nos venga una hecatombe? ¿Tú estás tonto?

PERPETUA *(Entre risitas y sorbitos de tisana)*.- Vaya una preguntas retóricas de esas que haces, majo. Pues claro que está tonto.

PLÁCIDO: Se está mordiendo las uñas.

PACÍFICO: Me he mordido un padrastro, acusica.

PERPETUA: Sabes de sobra que cortarse las uñas en sábado trae desgracias, Pacífico, hijo, si es que lo sabes de toda la vida.

PACÍFICO: Me he mordido un padrastro

PLÁCIDO: Y como si nada, ahí sigue, roe que te roe las uñas para que nos venga la desdicha, como si no lo supiera, como si no supiera todo el mundo que cortarse las uñas en sábado trae desgracias...

PACÍFICO: Me voy a asear.

PLÁCIDO: Eso, y a echarte pedos, como si la cosa no fuera contigo, mala bestia.

PERPETUA: Vete a vigilar que no se apague la candela y no te vuelvas a meter la uña en la boca.

PLÁCIDO: Que si no, te corto yo la mano, animal.

PERPETUA: No regañís, no regañís, que eso está feo, que los hermanos no tienen que regañar.

Sale Pacífico canturreando aquello de : “Acusica, acusica, el culo te pica, por fea y por mala, porque no vales nada...” y durante la siguiente escena –y posteriores- escucharemos claramente la retahíla de pedos de distintos tonos y timbres que anuncian el cambio de tiempo.

PLÁCIDO: ¿Ya te ha dado Pacífico el parte del día?

PERPETUA *(Sin dejar de dar sorbitos a la tisana)*: El lunes tendrás que llamar a que vean la gotera que está saliendo al lado de la puerta.

PLÁCIDO: ¿Qué gotera?

(Plácido dirige la vista hacia donde le dice su hermana. Pedo de Pacífico.)

PERPETUA: Se ha debido de mover una teja y con la lluvia está entrando el agua.

PLÁCIDO: Yo no diviso nada.

PERPETUA: Si sigue lloviendo vas a tener que colocar un cubo...

(pedo de Pacífico)

PLÁCIDO: Endiluego... yo no sé qué come este animal.

PERPETUA: Deja a la criatura, que peerse es sano. Y de paso que se suben al tejado, que miren en la parte de atrás, que han anidado palomas y lo están poniendo todo perdido, y con el peso se va a venir el cañizo aba, aba, aba...

PLÁCIDO: No, hija, no, Perpetua, ahora no, que es sábado y una hora muy mala.

PERPETUA: Aba... aba... aba... *Perpetua comienza a convulsionar...*

PLÁCIDO: Piensa en otra cosa, hija...

PERPETUA: Gaaad, gaaaaag, gaaad... Gadafi, acusado de ordenar violaciones... ¹

PLÁCIDO: O mejor, en nada, no pienses en nada, ¡No pienses, Perpetua, por el amor del Dador, no pienses!!!

PERPETUA: *Presa de convulsiones terribles* La norma antirruído apaga el corazón de la fiesta del Orgullo Gay... Dos muertos al estrellarse una avioneta... *Truenos, relámpagos, rayos y centellas. Perpetua convulsiona ferozmente, mientras Plácido intenta sujetarla.* Exposición de arte turco contemporáneo... un hombre fallece en un vuelco... Secuestrado un ex candidato presidencial... Fuencarral, chalet tres dormitorios, dos baños, para entrar... Inditex, Iberdrola valor en Bolsa...

PLÁCIDO: ¡Pacífico! ¡Pacífico!

Entra Pacífico ya vestido de calle .

PACÍFICO: ¿Qué pasa?

PLÁCIDO: Ya le ha dado otra vez, ya lo está vislumbrando todo. Ayúdame, ayúdame a sujetarla, que se me cae de la cama.

PACÍFICO: ¿Ha dado ya los resultados del fútbol?

PLÁCIDO: ¡Ayúdame, por lo que más quieras, y déjate de fútbol!

PACÍFICO: Espera, que voy a por la quiniela... *Sale a toda prisa*

¹ Las dos primeras informaciones corresponden a la edición impresa de EL PAÍS del 10 de junio de 2011, fecha de la última revisión del texto. En cada función, las noticias deben ir variando de acuerdo con la actualidad, cuanto más reciente mejor. El resto de informaciones que da Perpetua son noticias "comodín", es decir, no se corresponden con ninguna actualidad y nunca pierden frescura.

PLÁCIDO: ¡Ni se te ocurra! ¡Pacífico! ¡Pacíficoooo!

PERPÈTUA: Al menos 40 personas mueren en un atentado... 18 personas asesinadas por ataques del narcotráfico... Condenado un policía por agredir a un hombre... Dos edificios se derrumban...

PLÁCIDO: ¡Pacífico! ¡Pacíficooooo!

Vuelve a entrar Pacífico quiniela y bolígrafo en ristre

PACÍFICO: ¿Ha dicho algo del futbol?

PLÁCIDO: ¡Sujeta! ¡Ayúdame a sujetarla! ¡Agarra ahí, por lo que más quieras, que se nos cae, que se nos viene abajo!

Los dos hermanos sujetan como pueden a la vieja, que se sacude con una fuerza terrible...

PERPETUA: la reina en una inauguración... Dos montañeros muertos... Barcelona 4, Valladolid 0...²

Pacífico suelta por un momento a Perpetua y consulta la quiniela.

PLÁCIDO: Pero... ¿qué haces, animal? ¡No la sueltes...!

PACÍFICO: Un momentito, hijo, qué prisas...

PERPETUA: Racing 2 Sporting 0...

PACÍFICO: ¡Toma! Felomenal...

PLÁCIDO: ¡Tonto! ¡Tonto de baba! ¡Tonto del culo! ¡Maldita sea tu sombra!!! ¡Me cago en ti!!

PACÍFICO: Si no me hubierais quitado el transistor... ¡Y no me des más en la cabeza, que me vas a dejar tontito!

PLÁCIDO: ¡Me cago en tu estampa!!! ¡Retrasado!

PERPETUA: *En un torbellino, a toda velocidad.-* Ricky Martin anuncia que quiere tener una niña; Los pepinos andaluces contra la Administración de Hamburgo; Un hombre de 57 años atropellado mortalmente; Evo Morales pide perdón a los homosexuales; Hallan raro “pez remo” frente a las costas de Suecia; Museo limpia dinosaurio para exhibición; Puertorriqueño declara culpable asesinar gay; Inauguran Ecuador ruta inca; Beyonce ameniza cena... Terremoto... Concurso... Pantoja...

² Al igual que las informaciones, los resultados de la quiniela deberían corresponderse con los de la jornada.

Violación... asesinato... Gol... Malaria... accidente... Paro... Gays...
Cáncer... IBEX... Inter... Maradona... Raúl Castro...³

Poco a poco las convulsiones ceden. Pacífico se tira un pedo. Se escucha el sonido machacón y rítmico de una gota de agua golpeando en el suelo.

PLÁCIDO: Parece que ya cede.

PACÍFICO: ¿Del Madrid no ha dicho nada?

PLÁCIDO: ¡Gilipollas!

PACÍFICO: Pues déjame tener un transistor y así no tendré que enterarme de los resultados por la Santa.

Perpetua, poco a poco, va regresando a su ser.

PERPETUA: Ay, hijos, qué cruz, qué cruz tengo. Cuánto sufrimiento da el verlo todo...

PLÁCIDO: Esto te lo tendrías que hacer mirar, Perpetua.

PERPETUA: ¿A estas alturas? Sí llevo casi un siglo con ello a cuestras... No, hijo, no, no.

PLÁCIDO: Pero cada vez te da con más ímpetu y más seguido.

PERPETUA: Porque cada vez estoy más vieja.

PACÍFICO: Son las cosas de ser santa.

PERPETUA: Es un don divino. Me lo manda el Eterno y yo lo acepto agradecida. Así tiene que ser.

Silencio. La gota de agua golpea en el suelo.

PERPETUA: Poner una jofaina, que ya entra el agua.

Plácido sale a buscar el barreño. Pacífico besa con ternura la frente sudorosa del esqueleto y se sienta a los pies de la cama.

PACÍFICO: Perpetua...

PERPETUA: Dime, hijo...

PACÍFICO: ¿Qué es lo que ves?

PERPETUA: Todo, hijo, lo veo todo.

PACÍFICO: ¿Lo que ha pasado?

PERPETUA: Y lo que está pasando, hijo, y lo que va a pasar, también...

PACÍFICO: ¿Y sufres mucho?

PERPETUA: Mucho.

³ En este último torbellino Perpetua mezcla churras, merinas y noticias frescas. Queda a criterio del director y del actor/actriz el porcentaje.

PACÍFICO: ¿Y el mar también lo ves?

PERPETUA: También, hijo, todo.

PACÍFICO: ¿Y la Alhambra de Granada?

PERPETUA: Todo, todo.

PACÍFICO: ¿Y el Bernabéu?

PERPETUA: Que sé yo, hijo, supongo que sí... son tantos los sucedidos que pasan al mismo tiempo...

PACÍFICO: ¿Y porque no puedo tener un transistor para poder enterarme yo de las cosas?

PERPETUA: Porque me hace interferencias y pierdo santidad, hijo, si lo sabes de sobra...

Vuelve a entrar Plácido con un balde de zinc que coloca debajo de la gotera.

PLÁCIDO: Ya está aquí ése otra vez

PERPETUA: ¿Tan temprano?

PLÁCIDO: Tan temprano.

PERPETUA: ¿Y qué quiere?

PLÁCIDO: ¿Qué va a querer? Lo de siempre.

PERPETUA: ¿La bicicleta?

PLÁCIDO: La bicicleta.

PERPETUA: Señor, qué martirio de hombre, toda la vida a vueltas con la dichosa bicicleta.

PLÁCIDO: Dice que ya está bien y que de hoy no pasa. Y que si no se la devuelves, te monta una zapatista fenomenal y se queda a la puerta todo el día y, si hace falta, pasa la noche al raso.

PERPETUA: Pues que la pase

PLÁCIDO: Lo que tú digas

Silencio. Truenos. Plácido pasa la fregona en torno al barreño, Pacífico revisa la quiniela y persigue a Plácido. Perpetua parece dormir.

PACÍFICO: Tengo ya tres aciertos en la quiniela.

PLÁCIDO: Mira tú qué bien.

PACÍFICO: ¿Quieres verlos?

PLÁCIDO: No.

Silencio. La gota malaya golpea la jofaina, Pacífico se queda pensando en las musarañas. Trueno.

PACÍFICO: ¿Y ese hombre se va a quedar ahí, en la puerta, el pobre, con la que está cayendo?

PLÁCIDO: Eso parece.

PACÍFICO: ¿Y por qué no entra?

PLÁCIDO: Eso se lo inquieres a tu hermana.

PACÍFICO: Perpetua...

PERPETUA: *Como entre sueños canturrea*

PACÍFICO: Perpetua...

PERPETUA: *Sigue canturreando*

PACÍFICO: ¡Perpetua!

PERPETUA: Mmmmm...

PACÍFICO: ¿Dormías?

PERPETUA: Nunca.

PACÍFICO: ¿Te puedo preguntar una cosa?

PERPETUA: Dime, nene.

PACÍFICO: ¿Por qué no le devuelves la bicicleta?

PERPETUA: ¿Qué bicicleta?

PACÍFICO: Pues la bicicleta.

PERPETUA: Porque es mía.

PACÍFICO: ¿Y por qué es tuya?

PERPETUA: Porque sí.

Pausa. Pacífico reflexiona.

PACÍFICO: Y si es tuya ¿porqué en la barra pone escrito "Zoilo" con pintura verde?

PERPETUA: *Canta:*

"Considera que yo estoy
en la cama y bien caliente,
y tú estás a mi ventana
pegando diente con diente..."

PACÍFICO: ¿Y para qué quieres tú una bicicleta roñosa que, además, tiene barra?

PERPETUA: Anda, vete a ver la candela... hijo, a vigilar la candela no sea que se apague.

Silencio. Gota. Pacífico inicia el mutis, pero se queda a medio camino, mirando al techo...

PACÍFICO: Perpetua...

PERPETUA: ¿Qué quieres ahora?

PACÍFICO: Y si lo ves todo ¿cómo no has visto al hombre a la puerta?

PERPETUA: *Canta:*

“...quiera Dios que el agua lo entierre,
quiera Dios que se ahogue y se anegue”

PLÁCIDO: Pacífico, no enredes...

PACÍFICO: No hay quien lo entienda. ¿Por qué nunca podemos hablar del hombre?
¿Por qué cada vez que pregunto sales por la tangente? ¿Por qué sólo se puede arar en una parte de la dehesa? ¿Por qué enciendes la luminaria? ¿Por qué nunca puedes ver al hombre? ¿Por qué...?

PLÁCIDO: ¡Ay, calla ya con tanto por qué que me tienes la cabeza loca! ¿No has oído a la Santa? Pues hala, a vigilar la candela.

PACÍFICO: No, que seguro que están los Santos abajo, agazapados, y me da miedo. Me voy a ver al hombre por la ventana y a prepararme un bocadillo de jamón. *Sale y se tira un pedo.*

PLÁCIDO: Este niño, con la edad, se está volviendo todavía más memo, si cabe.

Suena, atronadora, una música de otra época, con sonido de gramola vieja.

PLÁCIDO: ¿Escuchas?

PERPETUA: Se acaba el mundo.

PLÁCIDO: ¡Pacífico! ¡Pacífico!

PERPETUA: Se acaba, se acaba el mundo. Es el mal, que se acantona ante nuestra puerta...

PLÁCIDO: Le voy a escachar el casco a esa bestia. ¡Pacífico, desgraciado! ¿Es que no sabes que en esta casa están prohibidos los aparatos?

PERPETUA: Ya están aquí otra vez las hordas, las hordas de demonios que vienen a remover la tierra y a quitarnos lo que es nuestro. Se acaba el mundo, hijos...

PLÁCIDO: ¡Pacífico! ¡Pacífico!

Entra Pacífico, comiéndose un bocadillo y con un botellín.

PACÍFICO: Es el hombre, que trae un transistor enorme con una bocina que atruena, que dice que si no le abrimos sigue con la música y con el escándalo hasta que se enteren todos y Dios el primero y que ha llamado a los periódicos para que lo saquen en primera plana.

PLÁCIDO: Lo que nos faltaba.

PERPETUA: Ay, qué sacrificado y lastimoso es tener siempre razón, qué de angustias y pesares provoca estar siempre del lado bueno...

PLÁCIDO: ¿Qué hacemos?

PERPETUA: Ay, qué desazón, pero que desazón más grande. Se me quiebra el pecho, se me hace trizas el alma...

PACÍFICO: ¿Abro?

PERPETUA: (*Transformada, sin transición, en tarasca iracunda que echa fuego por la boca*) ¡Nunca!

PLÁCIDO: Perpetua, que en un rato van a empezar a llegar las visitas...

PERPETUA: Echadle un balde de agua, o mejor, de sulfumán y ya veréis como se marcha...

PLÁCIDO: Sí, hombre, para que se corra la voz y en vez de santa te motejen de hija de puta.

PERPETUA: Un tiro, metedle un tiro y muerto el perro se acabó la rabia...

PLÁCIDO: Perpetua, que te estoy desconociendo...

PACÍFICO: ¿Abro o no abro...?

PERPETUA: ¡Nos quieren quitar lo que tanto esfuerzo nos ha costado! ¡Que se empieza por una bicicleta y se acaba con las tierras, la casa y la fama!

PLÁCIDO: Perpetua, que como cuando lleguen las visitas siga ése dale que dale se nos arruina el negocio.

PERPETUA: Que ese no quiere la bicicleta, que ese lo que quiere es romperme el alma, llenarme de zanjas la dehesa y dejarnos a los tres con el culo y los huesos al aire...

PLÁCIDO: Perpetua: algo habrá que hacer.

PERPETUA: ¡Me mato! ¡Le mato! ¡Os mato a todos!

PLÁCIDO: Hija, cuando te pones cabezona... Hazle entrar, pero que se quede en el zaguán, que no avance ni un paso del quicio de la puerta, que ahora mismo bajo yo a parlamentar con él. Y ni una palabra sobre la candela, ¿me has oído? ¡Ni una palabra!

Pacífico sale corriendo.

PERPETUA: Cobarde, arrastrada, cagueta...

PLÁCIDO: Perpetua, por amor del Altísimo, ten un poco de sentido común.

Silencio. La música deja de sonar.

PLÁCIDO: ¡Qué descanso!

PERPETUA: Tráeme la arqueta de las reliquias.

PLÁCIDO: ¿Ahora?

PERPETUA: Ahora. Ya que me voy a encontrar cara a cara con el Maligno, por lo menos que me encuentre preparada.

Placido trae la arqueta y se la entrega a Perpetua, que saca de su interior las reliquias y se las coloca sobre el pecho.

PERPETUA: Y a ti que no se te ocurra salir así vestido. Ponte siquiera unos pantalones, que luego todo se sabe... (*Plácido sale*). ¡Y la candela la escondes dentro de un puchero! Sólo faltaba que se enterara precisamente éste... *Silencio, Perpetua olfatea el ambiente y dirige sus ojos sin luz a la puerta.* Entra de una vez, pérfido.

Trueno brutal. Entra Zoilo. Llega empapado, con un abrigo largo, gafas y un sombrero, como de otra época. Todo en él recuerda a la figura clásica de don Antonio Machado. Pacífico, por detrás, zascandilea arrastrando un amplificador digno de los gitanos de la cabra.

PACÍFICO: Le he dicho cienas de veces que se esperara, que ahora venía mi hermano, pero no me ha querido hacer caso y se me ha escabullido. ¿Has visto qué transistor más majo?

PERPETUA: ¿Qué quieres?

ZOILO: Lo sabe usted de sobra.

PERPETUA: No sé de qué me estás hablando, así que ya puedes coger la puerta y largarte con viento fresco, que estoy esperando una visita.

ZOILO: No, señora.

PERPETUA: ¿Cómo que no, impertinente?

ZOILO: Usted perdone, pero yo no me marchó de aquí sin la bicicleta.

PERPETUA: Tienes muy poca vergüenza.

ZOILO: Sabe que podría pedir cosas mayores.

PERPETUA: Víbora.

ZOILO: Pero me conformo con la bicicleta, como ve bien poca cosa en comparación con todo lo que me debe.

PERPETUA: ¿Qué es lo que te debo yo a ti, estiércol? ¿Eh? Dime, pécora, ¿qué te debo?

ZOILO: Yo me llevo la bicicleta y tenga por seguro que no vuelve a saber de mí.

PERPETUA: Pero ¿de qué demontres de bicicleta me estás hablando?

PACÍFICO: Si la tienes colgada en la cochera...

PERPETUA: ¡Pacífico!

Entra Placido. En esta ocasión no va exactamente vestido de mujer pero tampoco de hombre. Lleva una indumentaria decididamente extravagante.

PLÁCIDO: ¿Y éste qué es lo que hace aquí?

PACÍFICO: Que se me ha escapado y quiere su bicicleta.

PLÁCIDO: Endiluego, no se te puede dejar a cargo de nada...

PACÍFICO: Y yo qué quieres que le haga...

ZOILO: Está el día húmedo.

PLÁCIDO: Perpetua, que se va a sentar.

PERPETUA: Que ni se le ocurra.
Zoilo se sienta pegado a la pared, discretamente, en una silla que gañe como un perro apaleado.

PLÁCIDO: Perpetua, que ya se ha sentado.

PERPETUA: Ya lo sé, que ya lo he oído, que estaré ciega pero no soy sorda...

PLÁCIDO: Perpetua, que me da que éste no tiene intención ninguna de marcharse.

PERPETUA: ¿Qué te crees? ¿Qué no lo sé? Invéntate algo, que sé yo, cualquier cosa, pero que se marche, que se marche de aquí ahora mismo...

PLÁCIDO: Caballero: creo que su presencia en esta casa está de más, así que si es usted tan amable y nos hace el favor de ahuecar el ala...

ZOILO: Así será. En cuanto que me devuelvan ustedes la bicicleta.
El amplificador empieza a sonar a un volumen infernal. Es Pacífico que ha estado hurgando en el aparato y no consigue hacerlo callar por más que lo intenta.

PLÁCIDO: ¡Apaga eso!

PACÍFICO: ¡No puedo!

PLÁCIDO: ¡Que lo apagues ahora mismo!

PERPETUA: *(Como una hiena)* A la mierda con la bicicleta. ¡Fuera! ¡Fuera de mi casa! ¡Fuera o llamo a la Guardia Civil! ¡Fuera! ¡Fuera!
Zoilo, parsimoniosamente, se levanta de la silla y apaga el aparato. Después, se vuelve a sentar.

PERPETUA: ¿No me has oído? Voy a llamar a la Benemérita.

ZOILO: Haga usted lo que le venga en gana, señora. Yo de aquí no me muevo hasta que no me devuelvan la bicicleta.

PERPETUA: Pacífico.

PACÍFICO: Tú dirás.

PERPETUA: Coges y en una carrera te allegas al cuartelillo y le dices a los guardias que vengan inmediatamente.

PACÍFICO: ¿Ahora?

PERPETUA: Ahora mismo.

PACÍFICO: ¿Yo solo?

PERPETUA: Sí.

PACÍFICO: ¿Con la que está cayendo?

PERPETUA: Te llevas un paraguas.

PLÁCIDO: No creo que sea una buena idea...

PERPETUA: Y tú te callas.

Aldabonazos en la puerta. Silencio largo.

PACÍFICO: ¡Zasca! La de Espeja.

PLÁCIDO: ¿Y ahora qué hacemos?

Silencio. Más golpes.

PERPETUA: Que entre.

PLÁCIDO: ¿Con éste ahí sentado?

PERPETUA: ¿Y qué más da?

PLÁCIDO: Que como le dé por fastidiar...

PERPETUA: Dile a ésa que entre, que de éste ya me ocupo yo.

Zoilo, durante el diálogo anterior, se ha levantado de la silla y ha vuelto a encender el aparato a todo volumen.

PACÍFICO: ¡Yo no he sido! ¡A mí no me miréis que yo no he hecho nada!

PERPETUA: ¡Apaga eso! ¡Apaga eso ahora mismo!

PACÍFICO: ¡Y yo qué sé cómo se apaga!

PERPETUA: ¡Que lo apagues! ¡Como sea! ¡Busca el interruptor! ¡Desenchúfalo!

PACÍFICO: ¡Pero si no tiene enchufe!

PLÁCIDO: ¿Qué hago con la de Espeja?

PERPETUA: ¡Apagar eso ahora mismo!

Jaleo horroroso. Cada uno con su tema y su obsesión: Perpetua berrea para que quiten la música, que entra por sus oídos como el veneno al padre de Hamlet, Pacífico hurga en el aparato intentando apagarlo ante la mirada inmutable de Zoilo, que se lía un pitillo parsimoniosamente, y Plácido pregunta, sin descanso, por la de Espeja. Zoilo apaga el aparato. Silencio. Los hermanos se miran, la Santa respira agotada. Suenan de nuevo los golpes en la puerta.

PLÁCIDO: ¿Qué hago, Mari?

PERPETUA: ¡Abre!

Nuevo gesto de Zoilo y la música atronando por el altavoz. Gestos de horror e impotencia de Perpetua. Zoilo detiene de nuevo el aparato.

PERPETUA: Está bien. Que se marche. Dile que me he indispuerto y que venga en otro momento. Y como me vuelvas a decir Mari te arranco los ojos.

PLÁCIDO: Lo que tú digas, hermosa.

PERPETUA: Me cago en tu puta madre.

Sale Plácido.

PACÍFICO: ¡Jo, Perpetua, qué boca!

PERPETUA: Pacífico, déjanos solos.

PACÍFICO: Es que me lo estoy pasando teta aquí.

PERPETUA: *(Dejando campar a sus anchas a su lado terrible, repite)* ¿No me has oído, retrasado de los cojones? ¡Que te marches!

PACÍFICO: Pero...

PERPETUA: *(Como una hiena)* ¡Fuera!

Sale Pacífico. Pausa hasta que dejan de escucharse las pisadas por el corredor. Cuando está segura de que nadie les escucha, Perpetua se incorpora y clava sus ojos en blanco en Zoilo, que, inmutable, se lía otro cigarrillo que coloca, alineado junto al anterior, en el suelo.

PERPETUA: *(En un susurro, que no la escuchen sus hermanos)* Muy bien, pedazo de hijo de mala madre. No pienso darte esa bicicleta ni en mil años que vivas ¿me escuchas? ¿Qué quieres, abonar la dehesa tú también? Pues sigue, sigue provocando y haciendo méritos, que eres carne de muladar, que te la estás buscando. Desaparece de esta casa si no quieres que te desaparezca yo del mapa, que ya sabes que bien puedo.

ZOILO: Devuélvame la bicicleta.

PERPETUA: Pero, ¿tú qué te has creído, cochambre? Encima, encima de que les hemos perdonado, vienen aquí a molestar y a remover la mierda. Si quieres la bicicleta, te la vas a tener que llevar por las bravas, muertodehambre, gañán, palurdo...

ZOILO: Devuélvame lo que es mío y Santas Pascuas.

PERPETUA: Sabrás tú lo que es santo ni lo que son pascuas, descreído. Fuera de esta casa si no quieres que llame a la autoridad y se repita la historia. Que no os teníamos que haber dejado ni a uno, semilla de bandolero, que lleváis el mal en la sangre.

ZOILO: Señora, yo no la he faltado.

PERPETUA: ¿Qué no me has faltado? Con tu presencia me faltas. Sólo por el hecho de respirar ya me estás ofendiendo.

ZOILO: Lo que usted quiera, pero devuélvame la bicicleta.

PERPETUA: Tendrás que matarme antes, criminal.

ZOILO: Hoy a todo vengo dispuesto. Pero no será necesario, señora, no recele.

PERPETUA: Vas listo.

ZOILO: Estoy cansado de tanto silencio. O me devuelve la bicicleta o publico con pelos y señales lo sucedido.

PERPETUA: Inténtalo, perverso.

ZOILO: Lo dicho, señora. Usted verá.

PERPETUA: Me importa un pito.

ZOILO: Como ventile lo que usted sabe, se le va la santidad al traste, téngalo por seguro.

PERPETUA: No habrá quien te crea.

ZOILO: Lo veremos.

PERPETUA: ¡Chist! *Escucha como un lebrél.* ¿Cuántas veces tendré que repetir que no quiero que escuchéis detrás de las puertas? No hay quien haga carrera de vosotros.

Entra Plácido disimulando.

PLÁCIDO: Se ha llevado un disgusto... la pobre se ve que anda desamparada y que no sabe ni qué hacerse. Que volverá la semana que viene, dice. *(Se sienta en otra silla pegadito a la pared. Perpetua masculla un santiguado, llena de inquina.)* ¿Decías algo? *(Perpetua canta por no matar)* Pues si no dices nada, a esperar y a echar el día.

Pacífico asoma la nariz por un lateral mientras se come unos tomates con sal.

PACÍFICO: ¿Se puede ya? *(Silencio. Perpetua sigue cantando, como una letanía)* Pues será que sí que se puede. *(Entra y también se sienta, pegado a la pared.)* Estoy por irme a hacer un cafelito... *(silencio)* Con bollo maimón para mojar, que nos lo ha traído una que le encontraste novio. *(Silencio)* ¿Nadie gusta? *(Silencio)* Que el café está muy rico, que es del de el otro lado de la raya, del que trae el camellito pintado... *(silencio)* ¿No? *(Silencio)* Pues me marché a la calle, a ver si han abierto el colmado y me compro un helado.

PLÁCIDO: Ni hablar.

PACÍFICO: Claro que sí.

PLÁCIDO: Pero si te estás comiendo los tomates...

PACÍFICO: ¿Y qué? Me apetece un bombón helado, de postre.

PLÁCIDO: ¿De nata?

PACÍFICO: De nata.

PLÁCIDO: Pues te aguantas, que no hace ni diez minutos que has comido carne.

PACÍFICO: Ya estamos.

PLÁCIDO: Si tienes antojo de helado te haces un polo de gaseosa.

PACÍFICO: No me da la gana.

PERPETUA: Ya está bien de tanta tontería, hijo, que estás hoy de un rebelde...

PACÍFICO: Quiero un bombón helado de nata.

PERPETUA: Pues te resignas, que sabes que hasta que no pasen dos horas y hayas hecho la digestión no puedes tomar leche. Sólo faltaba que encima te pusieras malo...

PLÁCIDO: Como si no tuviéramos bastante con tus cuescos, con perdón.

PACÍFICO: Me tenéis de un harto...

PLÁCIDO: Pues ya sabes dónde tienes la puerta.

PACÍFICO: ¡Pero si nunca me dejas ni acercarme!

PERPETUA: Eso ni en broma. Las familias han de estar unidas hasta que llegue la parca...

ZOILO: Palabras.

PERPETUA: Lo mismo me da lo que tú pienses.

ZOILO: Con el ejemplo se predica.

PERPETUA: A mí tú no me das lecciones.

ZOILO: Yo también tengo familia.

PERPETUA. Bajo tierra.

ZOILO: Pero familia.

PERPETUA: Estiercol y huesos mondos.

ZOILO: No, señora. Un nombre, una cara, una sonrisa y todo el amor de sus padres y de su hermana.

PERPETUA: Pues hala, ya sabes lo que te toca, que la familia ha de estar unida.

ZOILO: Y sólo dieciséis años.

PERPETUA: Cállate, que hay ropa tendida.

PACÍFICO: ¿De qué hablan?

PLÁCIDO: Cosas de la santa...

PACÍFICO: Si ya lo decía yo, que esto es un mundo de divertido... *Silencio. Zoilo se lía otro cigarrillo que coloca al lado de los anteriores. Pacífico le tiende un tomate y el salero a su hermano. ¿Quieres?*

PLÁCIDO: Bueno...

PACÍFICO: Toma. *Plácido le hinca el diente al tomate.*

PLÁCIDO: Hay que ver lo ricos que están estos tomates.

PACÍFICO: ¿Gusta usted?

ZOILO: No, gracias.

PERPETUA: Sólo faltaba.

PACÍFICO: ¿Sabe? Hemos plantado un huerto en las tierras de la dehesa.

PERPETUA: Cállate.

PACÍFICO: Salen unos tomates sabrosísimos. Es una tierra tan buena que parece que haya un santo enterrado en ella.

PERPETUA: ¿Te quieres callar?

ZOILO: Y lo hay.

PACÍFICO: ¿Hay un santo enterrado?

PERPETUA: No callarás, cacareador.

PACÍFICO: No te enfades, anda, no te enfades y bendíceme estos anisitos.

PERPETUA: Ay, Creador, ay qué sola me tienes, rodeada de tanto idiota...

PLÁCIDO: Hombre, muchas gracias por lo que me toca...

PACÍFICO: Bendíceme los anisitos, anda, no seas, arisca...

PERPETUA: *canta:*

Se vive como se sueña solo, solo

Se vive como se muere, sola...

PACÍFICO: Pues me los tendré que tomar sin bendecir, qué le vamos a hacer.

PLÁCIDO: ¿Y ahora vas a comer anisitos?

PACÍFICO: Como no me dejáis salir a comprarme el bombón helado...

PLÁCIDO: A ver si vas a tener una solitaria...

PERPETUA: Qué soledad más enorme. De qué me sirve ser santa, ¿de qué? Si ni siquiera mi propia sangre me es obediente...

PLÁCIDO: Perpetua, no seas así.

PERPETUA: Caínes.

PLÁCIDO: Perpetua, estás sacando las cosas de quicio. ¿Qué quieres que hagamos nosotros?

PERPETUA: Ir al cuartelillo a por los guardias, eso es lo que quiero.

PLÁCIDO: Ten un poco de cabeza, mujer.

PERPETUA: Como si a ti te sobrara...

PLÁCIDO: Considera el escándalo que se puede montar como a este le dé otra vez por tocar la bocina.

PERPETUA: Pues que se monte.

PLÁCIDO: Un poco de cordura, Perpetua, hija, que pareces otra.

PACÍFICO: A Zoilo ¿Me das un pitillo?

PERPETUA: ¡Pacífico!

PACÍFICO: Para luego...

PLÁCIDO: Pacífico, desde luego, que parece mentira, que pareces más tonto de lo que eres.

PACÍFICO: Hijas...

PERPETUA: *Babeando y dando bandazos de cólera* ¡Al Cuartelillo! ¡Que vengan los guardias y se lo lleven preso! O mejor ¡llamar a los de la camisa, que lo rematen en la cuneta y lo entierren en la dehesa! ¡A la tierra con la sierpe! ¡Dadle café a ese hijo de perra!

PACÍFICO: Ya le he ofrecido, del camellito, pero no quiere...

PERPETUA: Dadle café y que no vuelva, que nadie vuelve a pedir bicicletas si tiene la cabeza llena de vainas de metal.

PLÁCIDO: Ayúdame a sujetarla, que le está dando otro telele...

PERPETUA: ...Discurso en la sociedad de naciones del señor Osorio...Perborol fortifica las encías... España denuncia ante el gobierno inglés las infracciones de Italia y Alemania... Francisco Franco Bahamonde jefe del Nuevo estado español...

PACÍFICO: ¿Qué dice?

PLÁCIDO: Y yo qué sé. Sujétale las manos, que se araña toda la cara.

PERPETUA: Cortada la línea férrea Madrid Córdoba... Bombardeo de Santa Cruz de Retamar... Delicioso dulce de membrillo Saimaza a peseta el kilo... Depurativo Richelet... Los fabricantes de embutidos de Mallorca hacen entrega al general Queipo de Llano de mil kilos de sobreasada para el ejército... Homenaje nacional al ilustre poeta don José María Pemán... La Comunión Tradicionalista organiza un solemne Vía Crucis para desagraviar al Divino Corazón de los ultrajes que se le hacen...⁴Últimas

⁴ Noticias extraídas de ABC edición Sevilla 17 de febrero de 1937

exhibiciones de la deliciosa comedia de producción Radio temporada 1937 “La mentira de la gloria” con Jean Parker y Fred Stone en el Coliseo España...

PACÍFICO: Pero ¿de qué habla?

PLÁCIDO: Parece que se ha ido a otro tiempo.

PACÍFICO: ¡Releche!

ZOILO: La conciencia le remuerde.

PERPETUA: ¡España sobre todas las naciones!... ¡Una patria, un estado, un caudillo!... ¡Arriba España!

PACÍFICO: No la sabía yo tan fanática a la Santa.

PLÁCIDO: ¡Sujeta, sujeta que se nos vierte por este lado! ¡Me cago en mi sombra!

PERPETUA: Lea usted todos los días abc... Regresaron de su viaje de novios por tierras portuguesas el jefe del Gabinete Civil de esta División Orgánica don Carlos Jaime Padrós y Quintana y su encantadora esposa Carmencita de Urrutia, hija de los condes de Biandrina... una reliquia de Santa Teresa, rescatada en Málaga, es entregada al Generalísimo... La mano de la Santa quedó depositada sobre la mesa de trabajo del jefe del Estado...⁵

PACÍFICO: Fíjate tú de lo que se entera uno...

PLÁCIDO: Ya se ablanda... parece que va cediendo...

PERPETUA: ...Últimas exhibiciones del programa “Mickey bombero”, maravilla en colores...

PACÍFICO: ¡Quién lo pillara!

PERPETUA: ¿Es posible que un hombre esté al mismo tiempo con el padre del sobrino de su hermanastro, con el marido de la suegra de su padre, y con el suegro de su madrastra, encontrándose, sin embargo, completamente solo?

PACÍFICO: ¡Zasca! Se demenció.

PLÁCIDO: Son los últimos coletazos, ya vuelve en sí.

PACÍFICO: Cada vez más consumida.

PLÁCIDO: Quiera Dios que en una de estas no se nos quede.

ZOILO: Pierdan cuidado que eso no sucederá.

PLÁCIDO: ¿Usted también ve el futuro?

ZOILO: Qué más quisiera.

⁵ ABC edición Sevilla 18 de febrero 1937

PACÍFICO: Lo diré porque está amojamada e incorrupta.

PLÁCIDO: No disparates.

PACÍFICO: Los incorruptos manifiestan el favor divino y son prenda del favor del Creador, ¿es que no lo sabes?

PLÁCIDO: Déjate de cháchara y ayúdame a echarla otra vez en la cama. Y usted, ya podía ser un poco caballero y auxiliarnos un mínimo.

ZOILO: Cuando me devuelvan la bicicleta.

PLÁCIDO: Qué tostón.

PERPETUA: El Cielo es mi trono y la tierra el estrado de mis pies...

PLÁCIDO: Vamos a llevarla dentro, que se quede en penumbra un rato, a ver si se duerme, que la percibo muy rara.

PERPETUA: Sin memoria no hay mañana, sin memoria no hay avenir...

PLÁCIDO: Carga y empuja, hijo, que no le dé el sol, a ver si revive con la umbría.

PACÍFICO: ¿Y si le damos unos sorbitos de vino dulce?

PLÁCIDO: Pudiera ser, pudiera ser... Recoge los pulgares de los Santos Niños de Alcalá, a ver si los vamos a pisar.

PACÍFICO: Mira: se ha roto la ampollita con la sangre del Padre Charbel.

PLÁCIDO: Menudo disgusto que se va a llevar Perpetua cuando vuelva en sí.

PACÍFICO: ¡Si es que las ha roto todas!

PLÁCIDO: La manía de echárselas por encima a la menor ocasión...

Meten a Perpetua, exangüe, tras las cortinas. Zoilo queda solo en escena. Mira a un lado y a otro, y cuando se cerciora de que no le ve nadie, se dirige parsimoniosamente hacia un rincón, junto a la ventana. Con la ayuda de una navaja extrae un ladrillo de la pared y de allí una caja de latón. En su interior, fotografías, papeles y ropita de bebé que, con emoción y reverencia, saca y esconde bajo el abrigo. Después, vuelve a colocar la caja en su sitio y a recolocar el ladrillo. Regresa Pacífico y en una carrerita sigilosa se dirige hacia Zoilo, hablándole muy, muy bajito y con gran urgencia...

PACÍFICO: Rápido: ¿Usted qué cree que es mi hermana?

ZOILO: ¿Cómo?

PACÍFICO: Que qué cree usted que es mi hermana. Se lo pregunto porque no tengo muchas oportunidades de hablar con nadie de fuera. ¿Qué cree que es?

ZOILO: No sé...

PACÍFICO: Haga un esfuerzo, hombre, que va a volver Plácido y se me acabó el hablar, que me tienen muy controlado, que ni un mal transistor me dejan tener. Dicen que es para que a la Santa no le haga interferencias, pero yo sé que es para que no me entere de las cosas que pasan en el mundo... Hágame el favor, hombre, ¿Qué cree que es?

ZOILO: Ciega.

PACÍFICO: No, hombre, no digo eso. Yo le pregunto... si usted cree... en fin, ya me entiende...

ZOILO: Pues no.

PACÍFICO: Qué duro de entendederas. No me lo ponga más difícil que para mí es muy valioso. ¿Cree usted que la Santa es... hembra?

ZOILO: Eso parece.

PACÍFICO: Mi madre siempre nos quiso mujeres. Decía que las mujeres mantenían la familia y las tradiciones, que los hombres necesitaban a las mujeres porque eran las únicas que estaban en contacto con Dios. Así que siempre nos trató como tales y ya ve usted el panorama. Qué tres estafermos que hemos quedado hechos. Plácido se le quedó a medio camino y yo, como soy tonto, nací desbaratado, aunque meo sentado y duermo en camisón, no se vaya usted a creer. Pero ¿y Perpetua?

ZOILO: Perpetua, ¿qué?

PACÍFICO: Siempre ha sido la más inteligente ¿A usted no se le hace un poco hombruna?

ZOILO: No me fijo en esas cosas...

PACÍFICO: No, si a usted, en cuanto se le saca del ciclismo, no está para nada. Pues fíjese, hombre, fíjese usted y ya me dice, que esa duda me lleva reconcomiendo desde que tengo uso de razón. Hágame ese favor y yo veré de hacer algo por su bicicleta.

Entra Plácido.

PLÁCIDO: ¿Todavía está usted aquí? ¿No tiene bastante con la que ha provocado?

ZOILO: No.

PLÁCIDO: Ya está bien. No le digo que se vaya, pero ahí tiene la puerta. Fuera de esta casa ahora mismo.

PACÍFICO: Eso le estaba diciendo yo.

ZOILO: Me iré cuando me devuelvan la bicicleta.

PLÁCIDO: Qué obsesión tiene este hombre con la puñetera bicicleta. Dígame usted para qué quiere ese trasto roñoso que ya no debe ni funcionar.

ZOILO: Porque es mía.

PLÁCIDO: Pues si es suya explíqueme que hace ese velocípedo colgado de la cochera de esta casa desde que yo tengo memoria.

ZOILO: Su hermana lo robó.

PLÁCIDO: Qué mentira más colosal. Pero sí usted no había nacido y ya estaba la bicicleta ahí colgada. ¿No se le cae la cara de vergüenza con tanto embuste? Además, ¿cómo va una pobre inválida ciega a hacer tal cosa?

ZOILO: Y, dígame usted: ¿para qué quiere una pobre inválida ciega una bicicleta?

PACÍFICO: Eso mismo he preguntado yo.

PLÁCIDO: Y yo qué voy a saber.

PACÍFICO: Los santos son muy suyos, hacen cosas que los demás no comprendemos...

PLÁCIDO: Le servirá para vislumbrar cosas, como si fuera una bola de cristal...

ZOILO: O es que quizá antes no era tal.

PACÍFICO: La santa nació así.

PLÁCIDO: Perpetua siempre ha estado impedida.

ZOILO: Pregúntele.

PLÁCIDO: ¿El qué?

ZOILO: Todo y por todo.

PLÁCIDO: No me hace falta. Mi hermana es una santa.

ZOILO: Pues razón de más. Pregúntele, que si en verdad es santa no le va a mentir.

PLÁCIDO: Esta situación ya me está empezando a cansar.

ZOILO: Ya somos dos.

PLÁCIDO: Voy a avisar a los civiles.

ZOILO: Mejor. Tengo mucho que contarles.

PLÁCIDO: ¿De qué?

ZOILO: De esta casa.

PLÁCIDO: A mí no me venga usted con amenazas y baladronadas. Se mete aquí por las bravas, vuelve medio vesánica a mi hermana, nos atruena con su música y encima me viene usted amenazando.

ZOILO: No es una amenaza, es la verdad, que ya es hora.

PLÁCIDO: Márchese, por favor se lo pido. Si quiere un estipendio...

ZOILO: No quiero dinero. Quiero mi bicicleta.

PLÁCIDO: ¿Es que no entiende que no puedo? Yo no la quiero para nada, yo lo único que quiero es tranquilidad, si yo por mí se la daría...

PACÍFICO: Pues dásela.

PLÁCIDO: ¿No comprende que no puede ser? No le puedo dar ese disgusto a mi hermana. Si se despierta y ve que no está la bicicleta se nos fenece. La tiene mucho apego.

ZOILO: Pero no es suya.

PLÁCIDO: Porque usted lo dice...

ZOILO: Es la verdad.

PLÁCIDO: Pues demuéstrelo.

PACÍFICO: Pone su nombre en la barra con pintura verde.

PLÁCIDO: Tú te callas, que no haces más que meter la pata.

ZOILO: No era mi nombre.

PLÁCIDO: ¿Lo ves?

ZOILO: Pero ahora sí es mi nombre y la bicicleta, por tanto, me pertenece.

PLÁCIDO: Pues vaya galimatías. No me creo nada, así que a la calle, que ya ha dejado de llover.

ZOILO: En cuanto me dé la bicicleta.

PLÁCIDO: Mira que puede llegar usted a ser plomo. A la calle, hombre, a la calle...

ZOILO: No.

PLÁCIDO: No me obligue a usar la fuerza.

ZOILO: Haga lo que estime.

PLÁCIDO: No me provoque, que aquí donde usted me ve, transporto las bombonas de butano de dos en dos.

PACÍFICO: Pero lo que no cuenta es que luego se queda baldado una semana y no se puede poner tieso ni a base de friegas.

PLÁCIDO: Te voy a retorcer el alma.

ZOILO: No me pienso ir sin mi bicicleta. Y ya está todo dicho.

Desde la alcoba llega una especie de lamento, un silbido agónico. Luego un canturreo, más silbidos, claramente una canción.

PERPETUA (*Canta dentro*): A la mar se van los ríos
paloma revoladora,

no pongas el pie delante,
deja que ruede la bola
y al aire...

PACÍFICO: ¡Zasca! La Santa.

Los dos hermanos salen corriendo al encuentro con la Santa. Oímos sus voces desde dentro de la alcoba, mientras Zoilo, estremecido, parece reconocer el canto.

PLACIDO: ¡Nena, nenita! ¿Estás bien?

PACÍFICO: Yo la veo muy pálida, hijo, tiene color como de camelia muerta.

PLÁCIDO: Ayúdame, vamos a sacarla a que le dé el aire.

PACÍFICO: ¿Qué canta? ¿Tú sabes qué es lo que canta?

Sacan al carcamal y lo colocan junto a la ventana.

PACÍFICO: ¿Abro?

PLÁCIDO. No, que está el día muy húmedo, a ver si va a ser peor el remedio que la enfermedad.

PERPETUA: Ahhh...

PLÁCIDO: Intenta decirnos algo...

PACÍFICO: Yo creo que bosteza.

PLÁCIDO: No, que no, que está intentando decir algo...

PERPETUA: *Con gran esfuerzo y una voz distinta, más propia de un chaval de pocos años que de una anciana decrepita* Hay encinas viejas, tan viejas que dicen algunos que vieron pasar a Wellington...

PACÍFICO: Pero ¿qué dice?

PLÁCIDO: Calla, escucha y reza, que está viendo cosas...está en pleno arrebató de santidad.

PERPETUA: ... en este claro siempre aparece algún resto de teja, de la antigua ermita, ya se sabe. Fresnos, carrascas, robles y pinos. Huele a gloria. Los árboles se ven negros a estas horas de la noche y la noria, a lo lejos, tiene un no sé qué fantasmagórico. A lo mejor es porque me estoy muriendo, a lo mejor es porque todo tiene resabios fantasmales en la hora de la agonía. A pesar de tener la mejilla en el suelo, acierto a ver la

vía del tren por el rabillo del ojo. Es una pena, pero ahora sí sé que nunca iré a Portugal. Qué lástima, teniéndolo tan cerca...

PACÍFICO: No entiendo nada. ¿Qué es lo que nos quiere decir?

PLÁCIDO: Y yo qué coño sé.

PACÍFICO: Esa boca.

PERPETUA: ...si fuera de día vería a las cigüeñas beber del agua de la charca, pero ahora están durmiendo. ¿Qué será de Canela? ¿La habrán matado? La mejilla sobre el pasto, húmedo, verde esmeralda, crujiente y succulento, el olor de la tierra mojada y ya no siento nada. Ni el dolor del brazo roto, ni los impactos. No hay dolor ni miedo, sólo una pena tan honda que quita el aliento... Qué triste es morir en el borde del camino, qué triste es morir solo, qué triste es morir con dieciséis años...

PACÍFICO: Pero ¿qué dice?

PLÁCIDO: Calla y reza, nene, reza.

PERPETUA: *En otro mundo, hablando por otra persona, como una médium* La luna, escondida, hace relucir las estrellas. Los primeros en subir al camión son los más jóvenes que desde arriba, ayudan a los mayores. Hay una mujer a la que le cuesta trabajo, sufre de las rodillas. Un sacerdote confiesa al que lo pide. Sabe la suerte que les espera. Hay alguno que pasa el camino rezando. La soledad del campo presiente a la muerte. Chilla un búho. Al cruzar la puente, topan conmigo. Regreso a casa pedaleando en mi bicicleta, Canela siempre a la zaga. En los ojos de los hombres de la camisa se enciende una brasa de odio. La mujer se escapó, pero el hermano no se libra. "No tiene denuncia" arguye uno. "¿Y qué más dá?" Ruje el 460, la colilla siempre en la comisura. "Pagará los platos rotos. Si la una leía en alto, el zagal algo escucharía, digo yo ¿o es que se tapaba las orejas cuando la hermana entonaba las aleluyas proletarias?" Bien está, dicen los otros, el ceño lleno de odio y rencores. Malos quereres. Una denuncia anónima y moriré porque decían que mi hermana leía de lo prohibido. Y leer es malo. Me suben al camión. La galga corre detrás. Al llegar a la linde de la dehesa nos bajan a culatazos. Una ceja rota y un reguero de sangre. Me tapo la cara con los brazos y el 460 me golpea con saña, Se ve que me tiene ganas y no sé por qué. Nunca le vi en mi vida. Es de otro lugar. Dicen que miró a mi hermana con ansía en los ojos. Dicen que bajo la pretina se le encendieron fuegos de artificio cuando la vio pasar. Dicen que mi

hermana se rio de él una vez. Suena a hueso roto y yo, que no comprendo nada, me duelo del brazo derecho con lágrimas en los ojos. Canela ataca y los hombres echan mano a las pistolas. Canela muerde con saña al 460 en el hombro, en las manos, en la cara. Los otros no se atreven a disparar por temor a herir a su compañero y Canela, ciega, no está dispuesta a soltar la presa. A patadas consiguen separarla y queda en mitad del camino, un hilillo de sangre saliendo del hocico. Alguno quiere rematarla de un tiro en la cabeza, pero otro, más caritativo con los animales que con las personas, se lo impide. A empujones nos dirigen por el camino. La botella del aguardiente pasa de mano en mano y mancha las camisas de dril azul de los hombres. Entre ellos hay un chaval de mis mismos años que llora y se tapa la cabeza. Le obligan a beber. Hace falta valor para dar la muerte a sangre fría y el aguardiente ayuda. Pero el 460 no necesita nada de eso. Le basta y le sobra con su saña. Pinos azules, negras encinas, rastrojos y silencio de muerte. Los hombres de la camisa cuchichean y entre ellos se lanzan contraseñas secretas con los ojos repletos de odio. Retroceden un paso y en la oscura noche resuena un estruendo de metal y gatillos. Una descarga. Silencio. Luego algún quejido y el sonido machacón y sordo del tiro de gracia: uno, dos, tres... así hasta nueve. Después se marchan a la taberna, los bajos del pantalón manchados de sangre, a celebrar. Se llevan en el camión una bicicleta en la que pone "Zoilo" escrito con pintura verde, como trofeo. Dejan tras sí nueve muertos y a cuatro hombres obligados a cavar. Canela se arrastra como puede. Llega a tiempo para ver cómo me echan cal y tierra encima. Cuando los enterradores se han ido sólo queda un charco de sangre, tierra removida y una galga triste que escarba sin fuerzas y se deja morir entre los matojos de la dehesa.

Gran suspiro. Silencio. Los dos hermanos se han agarrado de la mano y han quedado sobrecogidos. La Santa queda en silencio, quieta, como muerta... Zoilo se ha levantado, arrasado en lágrimas, se seca la cara a manotazos, y se acerca a la Santa con cuidado.

PACÍFICO: ¿Se ha muerto?

PLÁCIDO: No lo sé.

PACIFICO: ¿Y ahora qué hacemos?
PLÁCIDO: No lo sé.
PACÍFICO: No sabes nada.
PLÁCIDO: No.
PACÍFICO: Pues yo menos, que soy tonto.
PLÁCIDO: Ponle un espejo en la boca, anda.
PACÍFICO: ¿Para qué?
PLÁCIDO: Para ver si respira.
PACÍFICO: No, que me da miedo.
ZOILO: Devuélvame la bicicleta.
PLÁCIDO: ¿Será posible?
ZOILO: Devuélvame la bicicleta.
PLÁCIDO: Un poco de respeto, por caridad. No tiene usted piedad ni para con los difuntos.
ZOILO: No está muerta.
PACÍFICO: ¿No?
ZOILO: No, no está muerta.
PLÁCIDO: ¿Y usted cómo lo sabe?
ZOILO: Lo sé.
PLÁCIDO: Pues ya que sabe tanto, dígame qué es lo que le pasa.
ZOILO: La conciencia.
PLÁCIDO: Cuentos.
ZOILO: Le pesa y le remuerde.
PLÁCIDO: Pamplinas.
PACÍFICO: ¿Y nosotros qué hacemos?
ZOILO: Esperar.
PACÍFICO: ¿A qué?
ZOILO: A que vuelva a ser ella.
PLÁCIDO: Embustes.
PACÍFICO: ¿A ser quién?
ZOILO: La Santa.
PACÍFICO: ¿Y entonces esta señora quién es?
ZOILO: Alguien a quien asesinaron hace muchos años.
PLÁCIDO: Paparruchas.
PACÍFICO: ¿El santo de los tomates? ¿El que está enterrado en la dehesa?
PLÁCIDO: Patrañas.

PACÍFICO: Desde luego, hijo, a veces parece que tengas una mata de pelo negro en el corazón.

ZOILO: *Coloca el espejillo de la pitillera en la boca de la santa. ¿Ven? Respira.*

PLÁCIDO: Loado sea el Dador.

PACÍFICO: Esto es un misterio muy grande. ¿Cómo la Santa, que lo ve todo, en lo tocante a este hombre no ve más allá de sus narices?

PLÁCIDO: Tú lo has dicho, un misterio muy grande.

ZOILO: La conciencia es como la propia muerte, no se la ve venir...

PLÁCIDO: Y dale con la conciencia, si mi hermana la tiene como una patena.

ZOILO: ... aparece prontamente, de improviso. No se escapan a la sorpresa de su encuentro ni las santas ni las visionarias.

PLÁCIDO: Bueno, ya está bien de majaderías. Me voy a la plaza a buscar al médico y, cuando regrese, no quiero encontrar a este señor aquí. ¿Está claro?

PACÍFICO: ¿Y yo qué quieres que le haga? ¿Echarlo a escobazos? Quédate tú y yo salgo a buscar al médico.

PLÁCIDO: Tú te callas y obedeces. Y usted, póngase el abrigo y a la calle, que yo veré de hablarle a mi hermana de la bicicleta, si es que vuelve en sí.

ZOILO: ¿No quieren saber la verdad?

PLÁCIDO: No.

PACÍFICO: Pues yo sí.

PLÁCIDO: Tú eres un cándido.

PACÍFICO: Quiero saber la verdad.

PLÁCIDO: La verdad, la verdad... siempre a cuestras con la verdad. ¿Qué verdad? ¿La verdad de él o la verdad de la santa? Hay tantas verdades como personas que te la cuentan.

ZOILO: La verdad no es más que una.

PACÍFICO: Eso.

PLÁCIDO: Ta, ta, ta, ta... ya me conozco ese cantar. No quiero saber nada, no quiero que me cuenten nada. Todo está bien como está. Así ha sido siempre, y así va a seguir siendo.

PACÍFICO: Yo quiero saber la verdad.

PLÁCIDO: Cállate.

PACÍFICO: Quiero saber la verdad.

PLÁCIDO: ¿Qué verdad ni qué ocho cuartos?

ZOILO: Estaba obsesionada con mi padre, no podía vivir con esa quemazón...

PLÁCIDO: ¡Chitón! No todas las verdades son para dichas.

ZOILO: Tejía primores para los futuros hijos y, mientras, mandaba notas, cartas de amor, amenazas... y cumplió. Los huesos en la dehesa son testigos de que cumplió.

PLÁCIDO: Basta de monsergas. A otro perro con esos huesos y con esas historias de los tiempos del rey Carolo.

PACÍFICO: Quiero saber la verdad.

ZOILO: Mis padres ya estaban de novios y pensó que eliminando a mi madre, mi padre se fijaría, por fin, en ella.

PLÁCIDO: *Tapándose los oídos para no escuchar y a voz en cuello* Parlotea, Matías, que no voy a escucharte ni hoy, ni en cien días, chacharea Besugo, que no por ello te daré el mendrugo... *Pacífico le separa las manos, le obliga a que escuche, los dos hermanos se enzarzan.*

PACÍFICO: ¡Quiero saber la verdad!

ZOILO: Pero le salió el tiro por la culata. Un alma buena avisó a mi madre y mi tío el chico pagó los platos rotos...

PLÁCIDO: Bulos, bulos y bulos...

ZOILO: Mal le salió el negocio con mi padre, pero bien para sus caudales, que se quedó con esta casa, con las tierras, con la bicicleta y con un molino que era de mi abuelo...

PLÁCIDO: Anda, prenda, pídenos ahora cuentas del cerco de Numancia...

PACÍFICO: ¡Cállate y escucha la verdad!

ZOILO: Durante años hemos visto como la bicicleta se llenaba de polvo y orín. Durante años hemos sentido el cadáver de mi tío descomponiéndose abandonado en mitad de la nada.

PLÁCIDO: Ta, ta, ta, ta, ta...

ZOILO: Le prometí a mi madre recuperar la bicicleta, ya que sabíamos que nunca nos dejarían recuperar el cuerpo, y a eso he venido.

PERPETUA: ¡Basta, basta ya! ¡Irse, irse todo el mundo de esta sala! ¡Irse si hay un poco de respeto, un poco de compasión!

PLÁCIDO: ¿De verdad quieres que nos marchemos?

PERPETUA: Irse si queda algo de piedad...

PLÁCIDO: Perpetua, que éste no se va a marchar.

PERPETUA: Irse a rezar por mis pecados...

PACÍFICO: ¿Nos vamos?

PERPETUA: ¡Irse los dos! ¡Irse, irse si hay un poco de misericordia, ya que no afecto, en vuestros corazones...

PLÁCIDO: Hala, pues vámonos...

PACÍFICO: ¿Usted se viene? *Zoilo, petrificado y sin quitar ojo a la Santa, no se mueve*

PERPETUA: Irse, irse, irse... si me queréis, irse.

PLÁCIDO: Ya ves que no, hala, hijo, arreando...
Salen los dos hermanos del bracete por el pasillo.

PERPETUA: ¡Zoilo!

ZOILO: Aquí estoy.

PERPETUA: ¿Qué hay dentro de la caja?

ZOILO: ¿Lo ha visto?

PERPETUA: En sueños. Sabía que tu madre la escondió antes de que la echara de esta casa y pasé años buscándola, pero nunca di con ella. ¿Qué hay?

ZOILO: Cosas mías.

PERPETUA: Y, por lo que sospecho, mías también.

ZOILO: Alguna hay.

PERPETUA: ¿Y las vas a publicar?

ZOILO: Sólo si usted me obliga.

PERPETUA: Será tú palabra contra la mía. Tú eres un forastero, yo una santa, una gloria nacional. ¿A quién crees que van a creer?

ZOILO: No es cuestión de fe, es cuestión de pruebas.

PERPETUA: ¿Cuáles?

ZOILO: Tengo los títulos de propiedad de la casa. Todos los papeles que prueban que esta casa era de mi familia y que usted nos la quitó con malas artes.

PERPETUA: Fue una recompensa. Un premio por servir a la patria.

ZOILO. Sí, de verdugo de inocentes.

PERPETUA: No lo puedes comprender. Eran otros tiempos...

ZOILO: Que lo juzguen otros.

PERPETUA: Los títulos no te servirán de nada. Los papeles los tengo bien arreglados y de esta casa no me puedes sacar.

ZOILO: Para nada quiero estas paredes. Sólo quiero que se sepa.

PERPETUA: Con eso sólo pruebas que me aproveché de las circunstancias. Como tantos otros, como todos los que algo tienen en esta ciudad. Aquí todos tenemos algo que callar.

ZOILO: También tengo las cartas de amor, y las de amenaza. Y hasta la ropita de niño.

PERPETUA: ¿La ropita también?

ZOILO: También

PERPETUA: ¿Hasta eso guardó tu madre?

ZOILO: Por si cambiaban las tornas y llegaba el caso de publicarlo.

PERPETUA: Lagarta.

ZOILO: Prevenida

PERPETUA: ¿Me dejas que toque las prendas?

ZOILO: Tome usted.

PERPETUA: Siempre tuve buena mano para las labores. Lástima de vista.

ZOILO: Lástima de odio, que la privó de todo.

PERPETUA: Pero me obsequió con el don de la clarividencia.

ZOILO: Manchada de sangre.

PERPETUA. No me seas ñoño. En el amor y en la guerra todo vale.

ZOILO. ¿Hasta asesinar a inocentes?

PERPETUA. Daños colaterales lo llaman ahora ¿no lo has oído?

ZOILO. Demostró muy poca dignidad con lo que hizo, perdone usted que se lo diga.

PERPETUA: Eres un impertinente, pero tienes casta. Deberías haber sido hijo mío.

ZOILO. Dios me libró.

Silencio largo, incómodo. Perpetua acaricia la ropita de bebé con sus dedos huesudos.

PERPETUA: Tengo miedo.

ZOILO: ¿A qué?

PERPETUA: A que escupan en mi memoria.

ZOILO: Eso sólo de usted depende.

PERPETUA: No te creo.

Silencio

ZOILO: ¿Me darás los títulos de propiedad?

ZOILO: Si me devuelve la bicicleta.

PERPETUA: ¿Y las cartas?

ZOILO: Si me da permiso para desenterrar el cuerpo.

PERPETUA: ¿Eso también? Eres insaciable.

ZOILO: Se lo prometí a mi madre.

PERPETUA: ¿Y qué pensará de mí la gente?

ZOILO: Nadie tiene por qué saber que de usted partían las denuncias.

PERPETUA: Los más viejos harán memoria, se acordarán del desahucio, de mi amistad con el 460 y atarán cabos.

ZOILO: Los que no se han muerto no tienen ya cabeza ni ganas de remover porquería.

PERPETUA: Alguno habrá.

ZOILO: No si usted se muestra generosa y se apunta el tanto. Ponga un monolito de recuerdo, diga unas palabras sentidas, finja que no supo nada, que ignoraba lo que sucedió, que el miedo le tapó la boca, que sé yo. Usted sabe más que nadie de hacerse la Santa.

PERPETUA: No eres tonto.

ZOILO: Nunca lo fui, ni usted tampoco.

PERPETUA: Te asemejas a tu padre.

ZOILO: No, señora. Siempre fui el vivo retrato de mi madre.

PERPETUA: No me la nombres más. ¿Me darás los papeles?

ZOILO: Si usted cumple yo también.

PERPETUA: Llamaré a mis hermanos. Que Pacífico te acompañe a la cochera. Mientras, redactaré el documento de compromiso para abrir la zanja en la dehesa.

ZOILO: Que también avisen al notario.

PERPETUA: No se te escapa una.

ZOILO: No.

PERPETUA: Creo que hay ocho cuerpos más.

ZOILO: Eso tengo entendido.

PERPETUA: ¿Y las otras familias?

ZOILO: Algunos estaban solos y otros en nada relacionan a usted con el caso.

PERPETUA: ¿Me juras que después no volveré a saber más de ti?

ZOILO. De nada tengo más deseo.

PERPETUA: Sólo otra cosa más quiero a cambio.

ZOILO: Usted dirá.

PERPETUA: Una fotografía.

ZOILO: ¿Qué fotografía?

PERPETUA: De boda. Con fondo de la Alhambra de Granada.

ZOILO: Yo no tengo esa fotografía.

PERPETUA: Con velo blanco y vestido negro con pechera de azabaches, que aun estamos de luto por mi tía Ludmila...

ZOILO: No sé qué fotografía es esa.

PERPETUA: Y el novio de uniforme. Todo sin ostentación, que estamos en guerra.

ZOILO: No sé de qué me habla.

PERPETUA: ¿Te harías esa fotografía conmigo?

ZOILO: ¿Quiere fotografiarse?

PERPETUA: Con velo blanco. Y azahares. Y tú de militar, igual que cuando tu padre marchó al frente.

ZOILO: No comprendo.

PERPETUA: Vestido así tienes que ser su vivo retrato.

ZOILO: ¿Me dejaría sacar el cuerpo a cambio de una fotografía?

PERPETUA: Sí.

ZOILO: ¿Por qué?

PERPETUA: Tengo ese gusto. Tu padre me la dejó a deber.

ZOILO: Mi padre no le dejó a usted a deber nada.

PERPETUA: Con el ajuar terminado y hasta esta ropita tejida para las criaturas que vendrían.

ZOILO: Mi padre nunca quiso nada con usted.

PERPETUA: Pero hubiera querido, hubiera querido...

ZOILO: Son imaginaciones tuyas, deseo de imposibles.

PERPETUA: Si tu madre no se hubiera metido por medio, otro gallo nos habría cantado.

ZOILO: Mi padre no la podía sufrir.

PERPETUA: ¡Mentira!

ZOILO: Le enfermaban esas cartas, le enfermaba verla detrás de los visillos, día tras día, asomada como las lechuzas a esta ventana que era nuestra ventana, la ventana de nuestra casa.

PERPETUA: Qué sabrás tú.

ZOILO: ¿Por eso la denunció, verdad? Denunció a mi madre para ver si quitándola de en medio mi padre se fijaba en usted.

PERPETUA: La denuncié porque era mi deber. Simplemente conté lo que todo el mundo sabía, que tu madre leía escritos revolucionarios.

ZOILO: Leía "Ana Karenina".

PERPETUA: Hijo, yo de eso no entiendo. Era rusa y todos los rusos ya se sabe...

ZOILO: Qué miseria.

PERPETUA: Simplemente avisé a la autoridad competente, yo qué sabía que iba a pagar el muchacho. Era una guerra y las guerras tienen esas cosas.

.ZOILO: Y así, de paso, se quedó con la casa y las propiedades.

PERPETUA: Me debes esa fotografía.

ZOILO: Está usted mal de la cabeza.

PERPETUA: Tú verás. O me das ese gusto o nada.

ZOILO: No tengo uniforme militar.

PERPETUA: Eso es lo de menos. Si te atusas, así mismo me vales.

ZOILO: ¿Y me dará la bicicleta?

PERPETUA: Y el permiso. Y después me das los papeles, te marchas y no te vuelvo a ver.

ZOILO: ¿Me lo jura?

PERPETUA: Por lo más sagrado.

ZOILO: Sea así pues. Venga esa fotografía.

PERPETUA. ¡Plácido! ¡Pacífico! ¡Niños! *(Los llama agitando una campanilla)*

PACÍFICO: ¿Ya? ¿Ya podemos?

PERPETUA: Fondo de la Alhambra y el traje negro, el de terciopelo. Y la sombrerera grana que está encima del armario de luna de la alcoba del damasco gris. Cuidadito al bajar la sombrerera, que el zorro disecado que está al lado no está bien colocado y se puede venir abajo. Y ya que vais, mirar de limpiar un poco, que está todo perdido de hormigas...

Pacífico saca de la alcoba de Perpetua un raído traje de terciopelo negro con incrustaciones de azabache que entrega a Perpetua y, a continuación, desenrolla un forillo fotográfico con un salón de la Alhambra, que cuelga del montante, mientras que Plácido sale.

PACÍFICO: *Entregándole el vestido* ¿Te lo vas a poner encima del hábito?

PERPETUA: Sí. Y ni una pregunta más. No te quiero oír decir ni pío.

Entra Plácido con la sombrerera.

PLÁCIDO: Aquí está esto.

PERPETUA: Dámelo. Y ayuda a ese hombre a hacerse bien el nudo de la corbata. Atúsamelo un poco, que está hecho un Adán.

PLÁCIDO: ¿Saco alguna cosa para que se componga?

PERPETUA: El quepis, sácale el quepis y que lo sostenga bajo el brazo.

De la alcoba de Perpetua, Plácido saca un polvoriento quepis que, después de arreglarle el nudo de la corbata, entrega a Zoilo.

PACÍFICO: Yo cada día entiendo menos.

PERPETUA: Deprisa, que se nos va el tiempo. Y después te allegas al notario cabe la Muralla y le dices que venga a la carrera. ¿Me has entendido? Al de la Muralla.

PLÁCIDO: Sí, Perpetua.

PERPETUA: Pues al galope. *Plácido sale*. Y tú, saca los trastos de fotografiar, que ya estás tardando.

Pacífico saca una cámara de fotos y un trípode.

ZOILO: ¿Y la bicicleta?

PERPETUA: Cuando terminemos.

ZOILO: No, ahora.

PERPETUA: Tienes mi palabra, ¿no te fías?

ZOILO: No.

PERPETUA: Ya está el notario avisado, ¿qué más quieres?

ZOILO: La bicicleta.

PACÍFICO: ¿Le vas a devolver la bicicleta?

PERPETUA: Allégate a la cochera y traes la bicicleta mientras me compongo. ¡Vuela! *Pacífico sale volando. Durante toda la conversación Perpetua ha ido colocándose, según ha sacado de la sombrerera, un velo de novia años veinte, un adorno de azahares en cera un tanto ajado, un rosario de nácar, guantes de encaje, pendientes de brillantes y una cajita con dos alianzas. Acerca la mano que te ponga el anillo. Zoilo alarga la mano que el estafermo ase con ansia.* En esto sí que no te pareces a tu padre. Tienes los dedos gordos como farinatos y tu padre los tenía de pianista. Mucho más finos, dónde va a parar...

ZOILO: Suélteme la mano.

PERPETUA: No me seas arisco.

ZOILO: ¡Suélteme la mano!

PERPETUA: Hijo, que maneras... ¿Qué te parecen los azahares? Los hice traer de Madrid, son de la mejor casa...

ZOILO: Acabemos ya.

PERPETUA: Si no te hubieras empeñado en que te trajeran la bicicleta, ya estaríamos terminando. Pero, ayúdame, acércame a la Alhambra, que así ganamos tiempo. *Zoilo empuja la cama con resignada desgana hasta colocarla junto al forillo que representa a la Alhambra.* Ya verás qué bien se está aquí. Ya verás cómo se siente la brisa de Sierra Nevada, el gorjeo del Darro y el susurro de las fuentes del Generalife...

ZOILO: Está usted loca...
Entra, solemne, Pacífico con la bicicleta en brazos. Es una bicicleta vieja, muy vieja, roñosa, oxidada, con la cadena fuera y con la palabra ZOILO escrita en la barra con pintura verde. El tiempo se espesa, se detiene, se estira, se hace un bucle...

PACÍFICO: ¡La bicicleta!
A Zoilo se le ilumina la cara y hace ademán de acercarse

PERPETUA: ¡Ni te acerques! Primero la fotografía y luego la devoción.

PACÍFICO: Atentos, que va a salir el pajarito.
Se componen para el retrato. Ella sentada y él de pié. La mano de él en el hombro de ella, los azahares en el regazo. Pacífico dispara el fogonazo y el tiempo se detiene en color sepia.

PACÍFICO: Hecho.

PERPETUA: Pues bien ¡adelante! ¡Corre, corre, que no se escape!
Entra Plácido como un cohete con una pistola y encañona a Zoilo. Zoilo se abalanza como un poseso sobre la bicicleta y la protege con su cuerpo.

PLÁCIDO: Fuera de esta casa ahora mismo si no quiere que le vuele la cabeza, señor mío.

PERPETUA: ¿Qué te creías, que te ibas a llevar la bicicleta así como así? Pues vas listo. Dame los papeles.

ZOILO: No.

PERPETUA: ¡Dámelos!

ZOILO: ¡No!

PERPETUA: ¡Quítaselos, Pacífico, que los tiene en el bolsillo de dentro del abrigo!

PACÍFICO: Eso no vale. ¡Es trampa, es trampa!

PLÁCIDO: ¡Suéltelo! ¡Suelte el velocípedo!

ZOILO: No tiene palabra. No tiene vergüenza.

PERPETUA: Para algo ganamos una guerra. Ganamos una guerra para quedarnos con las bicicletas que nos diera la gana. Y si no haber ganado la guerra tú.

PACÍFICO: Eso no vale, le habías prometido la bicicleta, ni eres santa ni nada de nada.

PLÁCIDO: ¿No me ha oído? ¡Suelte esa bicicleta y salga de esta casa ya!

ZOILO: No.

Zoilo no sólo no suelta la bicicleta sino que la abraza con más fuerza y hace ademán de querer salir por la puerta. Plácido se interpone.

PERPETUA: ¿Y qué les voy a dejar? ¿Qué escarben en la tierra para que me dejen todo como si hubiera pasado un turbión de topos? ¿Y qué todo el mundo se entere de que tengo muertos en la dehesa? No, hijo, ni hablar del peluquín. Si quieren enterrar a los muertos como Dios manda, que se hubieran aplicado y hubieran ganado la guerra ellos.

PLÁCIDO: Suelte la bicicleta, no me obligue a disparar.

PACÍFICO: ¡Tramposa, que eres una tramposa!

PLÁCIDO: ¡Suelte la bicicleta!

PERPETUA: ¡Los papeles!

ZOILO: Tendrá que matarme.

PERPETUA: ¡Mátalo, Plácido, mátalo y decimos a los civiles que entró a robar, que nos tuvimos que defender. ¡Mátalo, Plácido! ¡Mata! ¡Mata!

Suena una vez más, distorsionada, la antigua canción del altavoz. Los catorce santos auxiliares recorren la estancia y los espíritus de los asesinados que yacen en las cunetas acuden al rescate de Zoilo. Plácido y Pacífico corren enloquecidamente espantándose los santos. Perpetua convulsiona, arroja espuma por la boca, se dobla en dos mientras caen al suelo los azahares de su regazo y el ajado velo de novia se rasga en pedazos.

PERPETUA: Guatemala... Escuadrones de la muerte... cuarenta y cinco mil cuerpos... Monte de la Orbada... Santiago Bermejo Sánchez, carpintero... veinte mil en Bosnia Herzegovina... Perú... Uruguay... Armuña... Santiago de Chile... Oviedo...Quezaltenango... Camboya... tres millones de cadáveres en cunetas... Pol Pot...

PACÍFICO: ¡Los Santos! ¡Los catorce santos que no soportan esta injusticia!

PLÁCIDO: San Acacio contra las angustias de la muerte, Santa Bárbara ampara en la muerte súbita, San Blas para la tos, Santa Catalina en la boca...

PERPETUA: Aceñuelas... Chad... Gregorio Aguilar López, maestro... 250 cuerpos de albanos kosovares hallados en una fosa en Raska... niñas salvadoreñas desaparecidas...

PLÁCIDO: San Cristóbal protégame en los viajes, San Ciriaco líbrame de la tentación a la hora de la muerte, San Dionisio me libre de la posesión diabólica...

PACÍFICO: ¡Aparta la pistola, Plácido, que las carga el diablo! ¡Cuidado con esa pistola!

PLÁCIDO: Los santos, que me persiguen y me arrastran de los pelos... San Erasmo para las tripas, San Eustaquio en las disputas...

PACÍFICO: ¡La pistola!

PERPETUA: Escuela Mecánica de la Armada... cinco mil desaparecidos... Consuelo Reyes Herrera, ama de casa... Estadio Nacional... Plaza de toros... Badajoz...

PLÁCIDO: San Gil para una buena confesión, Santa Margarita en el parto... no me llevéis, no me llevéis...

PERPETUA: Eleuterio Cabrera García, secretario del ayuntamiento... Fosa común del cementerio de Valencia... 3000 desaparecidas... Evelia Girón Ruano, ama de casa... las muertas de Ciudad Juárez... Cientos de estudiantes desaparecidos en Indonesia... trescientos mil desaparecidos... Joaquín Rodríguez Rodríguez, pastor... cuneta... fosa... zanja...

PLÁCIDO: San Pantaleón , San Vito, San Jorge... Perpetua, no dejes que se nos lleven, que nos arrastran a la fosa...

PACÍFICO: ¡La pistola, Plácido, apártala!

PERPETUA: Ambrosio Pacheco García, agricultor... sima... Gabriel Pérez Carra, agricultor... huesos... Fujimori... Rusia... cientos de desaparecidos en México...España... trescientos mil... Zoilo Torres Cifuentes... Zoilo Torres... Zoilo...

Suena una detonación. Plácido, con los ojos desencajados, sujeta la pistola con ambas manos. Perpetua deja de convulsionar. Un reguero de sangre corre por debajo del terciopelo negro y tiñe de rojo los azahares. Zoilo, sin soltar la bicicleta, se acerca al altavoz y detiene la música. Pausa larga. Pacífico se acerca a Perpetua.

PACÍFICO: Está muerta. La has matado, Plácido, has matado a la Santa.

PLÁCIDO: Yo... los santos... me arrastraban... se querían llevar la bicicleta...

PACÍFICO: ¡Has matado a la santa...!

PLÁCIDO: Yo no he sido... los santos, han sido los santos...

PACÍFICO: Y para postre, seguro que se ha apagado la candela.

PLÁCIDO: ¿Seguro que está difunta?

PACÍFICO: Segurísimo. Te has cargado a la santa, Plácido.

Silencio. Después un planto, un llanto inconsolable que sale de las gargantas de los dos hermanos. Zoilo acaricia la bicicleta. Pacífico, anegado en lágrimas, lentamente levanta las sayas de la santa y mira debajo.

PLÁCIDO: *Hipando ¿Qué haces?*

PACÍFICO: Mirar.

PLÁCIDO: ¿El qué?

PACÍFICO: Si tiene cola.

PLÁCIDO: Ten un poco de respeto, por amor de Dios.

PACÍFICO: Ten respeto tú, que eres el que la ha despachado.

Pausa.

PLÁCIDO: *Con un hilillo de voz ¿Y tiene?*

PACÍFICO: No.

PLÁCIDO: ¿Entonces?

PACÍFICO: Nada. No tiene nada de nada. Está lisa como un taco de madera.

ZOILO: Me marchó.

PACÍFICO: Llévase la bicicleta, que nosotros no la queremos para nada.

ZOILO: Con ello contaba.

PLÁCIDO: Yo... los santos... qué vamos a hacer ahora... *A Zoilo, agarrándole del abrigo ¿Qué va a ser de nosotros ahora?*

ZOILO: No es mi problema.

PLÁCIDO: Tenga compasión, ayúdenos... Si yo no tengo puntería... si no he disparado un arma en mi vida... no está muerta... no puede estar muerta.

PACÍFICO: *Calla y reza, hijo, reza... Plácido se arrodilla a los pies de la Santa y llora desconsolado. A Zoilo. Al salir, si me hace el favor, cierre la puerta de la cochera, que se ha quedado abierta... Zoilo inicia el mutis arrastrando el altavoz y con la bicicleta agarrada por el manillar ¿También se va a llevar usted el transistor?*

ZOILO: Claro.

PACÍFICO: ¿Me lo podría regalar? Me gusta mucho esa música.

Zoilo suelta el altavoz y abraza la bicicleta. Pacífico corre hacia el altavoz y lo pone en funcionamiento. Los hermanos se arrodillan ante el cadáver de la Santa. Zoilo lanza una última mirada al foro de la Alhambra de Granada y sale. OSCURO.

Madrid, agosto de 2010